

bam
bú

Pepi Gal

Andanzas de
una niña curiosa

Victòria Tubau



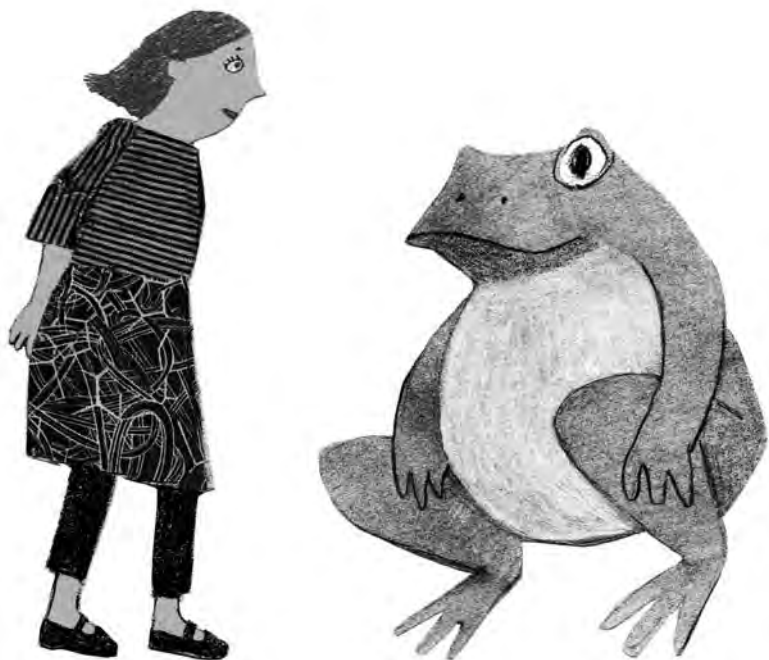
Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2019, Victòria Tubau, por el texto
y todas las ilustraciones
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-8343-574-8
Depósito legal: B-1048-2019
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).



Parlez-vous français?

1.

Donde se cuenta cómo era la familia de Pepi Gal, los juegos que practicaban, las cosas que comían y la manía que tenían de repetir siempre algunas palabras

Éranse una vez un padre y una madre orgullosos de sus retoños, tres niñas y tres niños.

—¡Qué lindos, graciosos y listos! —opinaban, hicieran lo que hiciesen.

Los hijos e hijas eran clavados a sus progenitores. De tal parra tal racimo, de tal tronco tal astilla, y hermanos y hermanas iguales entre sí como gotas de lluvia, como granos de sal, como pétalos de flor.

Tenían una enorme cabezota con los ojos redondos y amarillos, la boca llena de dientes verdosos, la nariz aplastada y el pelo azul, enmarañado y lleno de líos. Las piernas eran largas, los brazos cortos, los pies grandes y los dedos de las manos gordos.

Era una familia feliz. Estaban siempre contentos y se tronchaban de risa por cualquier bobada. Abrían mucho la boca produciendo un enorme jaleo, «¡aiuiuiiii, aiuiuiiii, qué gracia!». Lo pasaban en grande. Durante horas, venga «¡aiuiuiiii, aiuiuiiii, qué gracia!». Se echaban al suelo, se revolcaban y al final, de tanto reír, lloraban.

El día que nació Pepi Gal también lloraron, pero no de risa. Lloraron de pena. Nunca habían visto a una niña semejante.

–No parece hija nuestra.

–No parece nuestra hermana.

Sus cabellos eran castaños, los ojos negros, la nariz respingona, las piernas y los brazos no eran ni largos ni cortos, ni tenía los pies grandes ni los dedos de las manos gordos.

–¡Ay, pobrecilla! ¡Qué niña tan sosa! –dijeron–. Quizás cambie cuando sea mayor.

Pero Pepi Gal no cambió mucho: creció bajita, alcanzó poco más o menos el tamaño de una de las manazas de sus hermanos y su pelo no se volvió azul, ni sus ojos amarillos, ni los dientes de color verde.

Cuando empezó a hablar, a cantar y a bailar, todavía se pusieron más tristes. Oían su fina voz entonar armoniosas melodías y la veían moverse con tanta gracia y salero que no podían evitar prorrumpir en grandes llantos.

–¡Ay, qué lástima de niña! –cuchicheaban.

Las tres hermanas de Pepi Gal se llamaban Pepa Gal Primera, Pepa Gal Segunda y Pepa Gal Tercera. Los tres hermanos de Pepi Gal se llamaban Pepe Gal Primero, Pepe Gal Segundo y Pepe Gal Tercero.

Las Pepas y los Pepes jugaban a pasarse una piedra grande y tosca con sus pies inmensos. Ganaba quien la arrojaba al mar y la perdía para siempre dentro del agua.

–¡Gaaaaaal! –gritaban.

Entonces tenían que buscar otra piedra para seguir jugando. Cuando la piedra no iba a parar al mar, sino a la cabeza de un Pepe o de una Pepa, se echaban a reír de aquella manera de nunca acabar. Las Pepas y los Pepes tenían chichones y moratones por todas partes, pero nunca se quejaban.

–¡Oh, qué chichón tan bonito! –decían satisfechos.

Pepi Gal se alejaba de sus hermanos mientras jugaban a este juego. La habrían pisoteado sin enterarse. O como aquel día que se subió a una roca para tomar el sol y uno de los Pepes, sin darse cuenta de que estaba allí, chutó y salió disparada como una bala. La roca y ella se hundieron en el mar.

Las Pepas y los Pepes todavía gritaban «¡gaaaaaal!, ¡gaaaaaal!», y saltaban contentos cuando Pepi Gal salió del agua con el pelo chorreando, completamente

empapada y muy enojada. Les gritaba toda clase de insultos: burros, tontos, zoquetes y cosas peores.

–¡Qué encantadora! ¡Ya sabe decir palabrotas!
–decían las Pepas y los Pepes.

Solo jugaba con sus hermanos a frío, frío, caliente, caliente. Uno la escondía dentro del bote de café, encima del armario, detrás del espejo, entre los libros, debajo de la cama... y los demás tenían que buscarla.

«Frío, frío», decía quien la había escondido cuando los demás miraban en lugares apartados.

«Caliente, caliente», decía cuando alguien se acercaba donde estaba Pepi Gal.

Pero nunca la encontraban y Pepi Gal se aburría. Acababa dejando el escondite y se iba de paseo. Al cabo de unas horas, cuando volvía a casa, los encontraba todavía yendo de un lado a otro.

–Frío, frío, caliente, caliente.

Las Pepas y los Pepes hablaban todos a la vez, y como no se entendían gritaban cada vez más fuerte. Cuando oían una palabra que les gustaba mucho la repetían muchas veces. Por ejemplo, *estrambótica*.

–Estrambótica, estrambótica, estrambótica, estrambótica, estrambótica...

La repetían tanto que al final ya no recordaban qué significaba ni por qué la decían.

A veces Pepa Gal Primera decía:

–Tengo...

–... ganas... –decía Pepa Gal Segunda.

–... de... –decía Pepa Gal Tercera.

–... comer... –decía Pepe Gal Primero.

–... un... –decía Pepe Gal Segundo

–... pastel... –decía Pepe Gal Tercero.

Entonces la madre desde la cocina preguntaba:

–¿De hormigas rojas o de moscas verdes?

–¡Moscas verdes! –gritaban juntos las Pepas y los Pepes.

Algunos días especiales, para celebrar una fiesta importante, hacían un banquete. El padre guisaba cocido de pies de rata y canelones de escarabajo, los dos platos favoritos de la familia Gal, que se comían con deleite. Al terminar, eructaban estrepitosamente; todo retumbaba, como si tronara y se avecinase una tormenta.

–¡Exquisito! –decían.

Y repetían «exquisito, exquisito, exquisito, exquisito...» hasta que se dormían con la boca abierta. Entonces empezaban a roncar y todo se tambaleaba.

A Pepi Gal estos platos no le sentaban bien y le daban macarrones con salsa de tomate.

–Pobrecilla, no sabe lo que se pierde –decían mirándola con lástima.

Siempre le cocinaban algo especial: tortilla a la francesa, patatas fritas, ensalada de lechuga y zana-

horia...; las Pepas y los Pepes no querían ni mirarlo de asco que les daba.

–¡Puaj! ¿Cómo le puede gustar comer patatas fritas? –decían frunciendo la nariz aplastada.

Y cuando el padre, que era un gran cocinero, preparaba sopas deliciosas de color violeta, turquesa o malva, donde flotaban babosas y alas de moscas, solo con olerlas Pepi Gal se desmayaba. Así que tampoco sopas le daban.

La madre de Pepi Gal, de joven, se había dedicado a la magia. Había logrado cosas extraordinarias: las escobas barrían solas, las arañas tejían gorros y bufandas, los caramelos y otras chucherías crecían en el huerto... Pero perdió la costumbre y después de algún tiempo de no practicar hechizo alguno decía haberlo olvidado todo.

Alguna vez, mientras los niños cenaban, probaba algún truco.

–Si coméis rápido el puré de gusanos, os daré una sorpresa –decía.

Y en un momento los platos se vaciaban.

–¡Pitirí, potoró, patará, esta mesa desaparecerá! –decía solemnemente.

Todos miraban atentamente la mesa, pero nada se movía. La madre, desolada, no entendía por qué no funcionaba.

Al cabo de unos minutos se oía un viento soplar, la mesa empezaba a tambalearse y la madre sonreía.

–Ahora, ahora...

De golpe, todas las sillas salían volando y desaparecían. Y ellos se caían de culo al suelo.

–¡Aiuiuiiii, aiuiuiiii, qué gracia!

La madre no solía hacer magia muy a menudo porque nunca se sabía lo que acabaría ocurriendo. Las sillas iban a parar al tejado o tal vez se perdían para siempre.

En casa de la familia Gal también vivía desde hacía algún tiempo un sapo llamado Monsieur Lambert. Todos sospechaban que en realidad se trataba de un pobre turista que la madre había hechizado, pero ella siempre lo negaba.

–Monsieur Lambert no es más que un sapo –decía la madre para acallarlos.

Pepi Gal de vez en cuando observaba a Monsieur Lambert de cerca y le interrogaba.

–*Parlez-vous français?*

Como el sapo no contestaba, Pepi Gal le miraba a los ojos fijamente para descubrir en su mirada algún signo de inteligencia humana. Pero Monsieur Lambert, con sus ojos saltones y vidriosos y los párpados caídos, hinchaba el buche y abría la gran boca.

–¡Croaaac! –bostezaba finalmente.

Pepi Gal, decepcionada, lo dejaba por inútil.

